

bita por lo regular solo en las costas, y aléjase de la alta mar, contrariamente á la costumbre de los pinípedos. También hace largos viajes, aunque muy raras veces. Todos los cazadores de ballenas saben que se hallan muy cerca de tierra cuando ven morsas, pues la experiencia les ha enseñado que estos animales no suelen salir de los límites de la compacta masa de hielo que rodea las islas. Según la opinión de Brown, la morsa se traslada cuando mas de un punto á otro para buscar su alimento, y solo por esta causa se la ve tan pronto en una region como en otra, según las estaciones. En ciertos casos se resuelve, no obstante, á emprender viajes mas largos. Así, por ejemplo, James Mac Bain observó en las cercanías del Pondsby inmensas manadas que seguían la misma direccion tomada por unas ballenas groenlandesas. Estos animales hacían sin duda un viaje, y su paso duró muchas horas; miles y miles de individuos se oprimieron al llegar á la entrada de la bahía de Lancaster para penetrar los primeros, sin descansar ni tomar alimento. Pocos dias despues ya no se vió ninguna, así como antes no se habia observado nunca indicio alguno de su presencia. Heuglin, reproduciendo unas noticias de los cazadores que invernanaban en el Spitzberg, refiere también que en la época en que las costas de aquel grupo de islas están rodeadas de una masa compacta de hielo no se encuentran morsas; estas no llegan hasta despues del deshielo, cuando el agua queda libre. Evitan como los mas de los otros pinípedos los golfos y bahías que se prolongan mucho hácia el interior, y por lo mismo se encuentran en el Spitzberg á mediados del verano y á fines del otoño en ciertos parajes bajos de la orilla, ó bien sobre moles de hielo que el viento y las corrientes han acumulado á lo largo de las costas. En los sitios donde no se las inquieta suelen permanecer mucho tiempo; también vuelven á aquellas siempre que el hielo en marcha las obliga á buscar temporalmente unos lugares mas favorables para obtener su alimento.

La primera impresion que la morsa produce en el hombre, no es favorable. Los navegantes mas antiguos, así como los nuestros, la tienen por monstruosa y fea, y dicen que si un animal merece el nombre de «monstruo» seguramente es la morsa, tanto por su aspecto cuanto por su voz diabólica y su carácter desagradable. Otros exageran mas aun esta descripción. «En la orilla oriental de la isla de los Osos, refiere Keilhau, observé un gran número de bultos en forma de sacos, de color gris rojizo, y que me parecieron cerdos dormidos de colosal tamaño. No sabia aun qué hacer ante esta aparición, cuando vi un gran cuerpo gris que se movía en el golfo mismo á flor de agua; á poco levantó la cabeza, y pude reconocer entonces una morsa con sus colmillos de dos varas de largo. El grupo de los animales que allí descansaban componíase de diez á doce individuos que á su vez levantaron también la cabeza, haciendo varios movimientos para cambiar de posición. Este grupo tenia algo de asqueroso; aquellos animales enormes parecían carecer completamente de extremidades, y cuando se movían asemejábase su conjunto á una gran mole de gusanos gigantes. La pereza de estos animales, que pueden permanecer muchos dias sin moverse, y por otra parte lo tosco é irregular de sus formas, pudieron inducir á ciertos naturalistas atrevidos á considerar las morsas como larvas de animales.» No debo ni puedo privar á nadie de la libertad de hacer estas y otras apreciaciones; pero sí advertiré que la última tesis no es aplicable á las morsas, y que en las obras de todos los demás observadores que yo conozco no se halla absolutamente nada que indique semejante exageración. Martens, á quien sin duda impresionaron mucho las morsas, describe con bastante exactitud estos animales. «Se echan sobre el hielo, dice este antiguo naturalista,

en gran número, y á la manera de los perros marinos; su mugido es terrible; y tan pesado su sueño, que roncan, no solamente sobre los témpanos de hielo, sino también en el agua; de modo que á menudo parecen estar muertos. Son animales valerosos y ayúdanse mutuamente hasta morir; cuando uno está herido se sumergen en el agua cerca de las lanchas, y con sus grandes colmillos agujerean la quilla; otros acometen á las barcas sobre el agua y enderézanse para entrar en ellas, sin temer los golpes y lanzadas de la tripulación. Cuando los hombres imitan su mugido, semejante al de los bueyes, todos quieren sumergirse á la vez en el agua, y como ellos mismos se estorban por su multitud, muérganse hasta hacerse sangre y rechinan los dientes; otros quieren librar un compañero cogido por los cazadores y también entonces cada cual procura ser el primero en llegar á la lancha; mugen terriblemente y no ceden mientras uno queda vivo. Cuando los cazadores se ven obligados á huir por causa del gran número de morsas, estas persiguen á las lanchas hasta perderlas de vista, lo cual sucede pronto porque los mismos animales se estorban por su multitud y no pueden nadar rápidamente. Así nos sucedió delante del Weihegat en el Spitzberg, donde el número de morsas aumentaba á cada momento; perforaron nuestra lancha y nos obligaron á emprender la fuga, persiguiéndonos despues hasta que las perdimos de vista.» Esta breve descripción del viejo marino caracteriza perfectamente á esos animales. Ninguno de los observadores posteriores desmiente á Martens, ni tampoco añaden apenas nada á estas noticias.

Parece que la vida de las morsas es muy monótona, sin duda porque no les cuesta tanto trabajo y tanto tiempo buscar la presa con que se alimentan, como sucede á otros pinípedos. Vamos á decir cuál es, poco mas ó menos, el género de vida de estos animales.

Según la naturaleza de la costa, reúnen por manadas mas ó menos numerosas, y á creer lo que se dice, los machos forman grupos entre sí, y las hembras otros con sus pequeños. Según aseguran los navegantes del norte, en un solo témpano de hielo se ven á veces veinte ó mas de estas morsas; échase una junto á otra, con la cabeza inclinada hácia un lado ó descansando sobre el cuerpo de un compañero, á lo cual le obligan sus grandes colmillos; y de este modo suelen pasar la mayor parte de su vida. A menudo se encuentra toda una manada sobre una superficie de hielo impelida por las olas. Cuando las morsas duermen siempre vigila por lo menos un individuo, que despierta á las demás, mugiendo con fuerza apenas amenaza un riesgo. Según Scammon, en caso de necesidad les da un ligero golpe con sus colmillos, y entonces toda la manada se dispone á emprender la fuga, ó á la defensa. Allí donde la morsa no conoce aun al hombre, un buque no suele llamar la atención del centinela ó de la manada en general, ni siquiera hacen aprecio de un tiro de cañón, porque están acostumbradas á oír gran estrépito en los mares septentrionales, donde el hielo produce á veces verdaderos truenos cuando se abre en extensos espacios. Sucede también algunas veces que no se asustan si se las dispara un tiro; pero no creo exactas las noticias de varios observadores, quienes dicen que si se hiere á uno de estos animales limitase á volver la cabeza con asombro y continúa descansando tranquilamente. Cierta que cuando duermen en tierra ó sobre el hielo no les agrada que se les moleste, y por lo tanto, no puede sorprendernos, despues de lo que sabemos de otros pinípedos, que á veces no se muevan de un sitio durante semanas enteras; pero la mayoría de los marinos del norte están conformes en que las morsas rechazan siempre con tanto valor como energía los ataques formales.

En cuanto á sus movimientos, parecen asemejarse á los

del arctocéfalo, y por lo que hace á las otras facultades, apenas serán inferiores á estos y otros pinípedos. El movimiento de la morsa en tierra firme es pesado y torpe; pero al menos avanza sin arrastrarse; para andar mueve las cuatro extremidades al mismo tiempo; adelanta primero el pié derecho anterior é izquierdo posterior, y luego los otros dos; solo se diferencia de otros animales que andan del mismo modo por el hecho de extender hácia adelante los dedos de los piés anteriores, mientras que en los posteriores lo hace con los de atrás. Dicese que cuando trepa por moles de hielo escarpadas se sirve para ello de sus largos colmillos; los clava en las grietas ó hendiduras, atrae despues el pesado cuerpo, alarga el cuello nuevamente, y así prosigue hasta llegar al sitio deseado para el descanso. No podemos considerar, sin embargo, los colmillos como instrumentos necesarios para la marcha, puesto que los arctocéfalos y elefantes marinos, que tienen el cuerpo tan pesado como las morsas, recorren también iguales caminos, escalando alturas de 10 á 15 metros y mas para llegar á los sitios donde toca el sol. Creo mas probable que la morsa se abra una senda en el hielo con sus colmillos, y que en este trabajo se los rompa á veces, ó cuando menos se los mutila; pero esto parece quedar desmentido por un informe de los navegantes del norte. Estos hablan de la fuerza extraordinaria del animal, y pretenden, fundándose en sus observaciones, que la morsa puede romper una masa de hielo de 6", 15 de grueso empujándola por debajo; pero no dicen que estos animales se sirvan de sus colmillos para lograrlo. Es bastante probable que se valgan de su fuerza para practicar los agujeros por donde respiran, necesarios también para estos animales. Brown notó que al rededor de estos agujeros habia mas hendiduras, en forma de radios, que en los respiraderos de los otros pinípedos. Para entrar en el agua, la morsa se desliza por superficies pendientes, ó se lanza de un salto, como otros pinípedos. En este elemento nada con tanta rapidez y tan ágilmente como todos sus congéneres; sumérgese á considerable profundidad, y puede permanecer algunos minutos dentro del agua. «No se sabe de cierto, dice el relato de nuestros navegantes del norte, cuánto tiempo puede resistir la morsa debajo del agua; pero esto debe depender del tiempo que el animal ha tenido para prepararse al sumergirse. Cuando sorprendido bruscamente en su sueño, se ve obligado á precipitarse en el agua, reaparece al punto en la superficie para respirar; si se le obliga acto continuo á sumergirse otra vez, sale pronto de nuevo; y repetida esta operación cinco ó seis veces, la morsa ha recogido ya, según parece, una cantidad de oxígeno, pues entonces se sumerge verdaderamente, y por lo regular no se la vuelve á ver.» Cuando nada aventaja en rapidez á toda lancha de remos, demostrando una resistencia asombrosa para la fatiga.

La voz se asemeja tan pronto al mugido de una vaca, como al ladrido de un perro; cuando el animal está excitado produce una especie de rugidos terribles que desde lejos parecen el relincho de un caballo. Durante el período del celo se oyen á tal distancia, que el capitán Cook y sus hombres reconocieron siempre durante la noche, ó en medio de la densa bruma, cuándo estaba cerca la tierra, pudiendo evitar así un choque del buque contra el hielo.

Es difícil juzgar de la inteligencia de la morsa por las noticias que hasta ahora tenemos sobre este punto; pero podemos suponer que este animal no es menos astuto que otros pinípedos. A pesar de la indiferencia que muestra en el primer encuentro con el hombre, cambia muy pronto de conducta cuando la experiencia se lo ha dado á conocer, y entonces se defiende con tanto valor y energía como astucia, del señor de la tierra. Además de la curiosidad propia de todos los pinípedos, el valor es una de las cualidades princi-

pales de la morsa, y en esto se distingue muy ventajosamente de sus congéneres; la morsa no conoce aquel miedo que se apodera de los enormes elefantes marinos al verse ante el hombre, su enemigo mas terrible; muy por el contrario, se resiste aun á la gente mejor armada; y la muerte de sus compañeros inflama mas y mas su furor. También entre las morsas se traban encarnizadas luchas, pero solo durante el período del celo, en los últimos meses de la primavera. En este tiempo los machos mugen y se enfurecen de continuo; atácanse y se hieren de tal manera, que su aspecto es á veces tan lastimoso como el de otras focas mutiladas á causa de las luchas.

A los nueve meses, esto es, en abril ó mayo, pare la hembra un solo hijuelo, á juzgar por el hecho de que los mas recientes observadores no han visto nunca dos ó tres con la madre, según aseguraban los autores mas antiguos. En lo que todos están acordes es en que la hembra profesa el mas tierno cariño á su progenie y la defiende con bravura, así en el agua como en tierra. A la menor señal de peligro se lanza con su hijuelo en el mar, le sostiene entre sus patas anteriores ó le lleva sobre el lomo: si la matan, entrégase el pequeño sin oponer resistencia; de lo contrario, se ha de sostener una ruda lucha. Aun cuando la manada huya, aparecen de vez en cuando las hembras en la superficie del mar lanzando terribles rugidos; acércanse á los cadáveres de sus hijuelos, que flotan en el agua; los cogen y se sumergen con ellos; y hasta se ha visto á ciertas hembras arrebatarlos á los marinos cuando estos los izaban en las chalupas. Si una madre se apodera así de su hijuelo, ya no le recobran los pescadores como no la maten antes, pues se lo lleva á larga distancia, aunque sea por encima del hielo.

Las morsas heridas son auxiliadas por sus compañeras, que acaban por llevárselas consigo, dando en tales casos pruebas de una gran inteligencia, pues las sacan de vez en cuando á la superficie para que puedan respirar, y vuelven á sumergirse con ellas.

El capitán Williams, cazador de focas muy experto, mató una morsa hembra y arrastróla con la lancha hácia el buque, situado á unas dos leguas de distancia. El hijuelo siguió al cadáver hasta el buque, y cuando se quiso izar la presa á bordo, esforzóse para preparar también. Por medio de un nudo corredizo se le subió, y al momento dirigióse hácia la hembra muerta, se colocó sobre sus espaldas y permaneció allí hasta que se le hubo obligado á volver al mar; pero aun entonces no se alejó sin proferir quejas por la pérdida de su madre.

Según resulta de las observaciones de Malmgreens y de Brown, la morsa se alimenta exclusivamente de materias animales. Varios naturalistas anteriores á nosotros habian supuesto que el alimento principal de estos pinípedos consistía en algas, por haberse creído que los restos hallados en los estómagos eran de estas plantas. «No sé qué comen, dice Martens; tal vez se alimenten de yerbas y de peces; pero supongo que prefieren aquellas, porque los excrementos se parecen á los del caballo, aunque no son tan redondos.» Fabricius, contrario á esta opinión, dice que el animal se nutre principalmente de conchas. Malmgreens y Brown confirman en un todo este último aserto: ambos encontraron en el estómago de los individuos examinados dos especies de conchas, la primera (*Mya truncata*) cubre en las partes septentrionales del mar Glacial todos los bancos de arena y rocas submarinas; la otra (*Saxicava rugosa*) penetra á 10 ó 15 brazas de profundidad en el cieno del mar. Los citados viajeros dedujeron de su exámen que las morsas debían emplear sus colosales colmillos principalmente para extraer las conchas de las rocas y del cieno. En su opinión las morsas cogen su presa con los labios y la lengua; rompen la concha con sus molares y de-

voran despues el molusco. En esta operacion, la morsa traga, no solo diversos animales marinos mas pequeños, sino tambien las algas y otras plantas que están pegadas á la concha, y asimismo como lo hacen los demás pinípedos, arena y piedras; todo esto explica fácilmente el error de los observadores precedentes. La arena que, segun Brown, se encuentra principalmente en los orificios de la respiracion, llamados *atluk* en Groenlandia, sirve quizás para facilitar la digestion. Además de los pequeños animales marinos, la morsa come tambien peces, y hasta la carne de grandes mamíferos marinos, lo cual desmiente la opinion de Bell, quien despues de examinar el aparato dentario de este animal, creia justificado el aserto de que la morsa no podía sujetar con los dientes un objeto tan escurridizo como son los peces. Para completar las noticias de Scoresby, que encontró restos de pescado y de foca en los estómagos de morsas muertas, Brown añade que un cazador noruego de focas, muy experto, y que no sabia nada de esta cuestion, vió salir del agua una morsa con un pez en la boca. El mismo Brown observó que los estómagos de todas las morsas muertas junto á un cadáver de ballena estaban llenos de carne de este animal.

CAZA.—Para los pueblos del alto norte, y sobre todo para los esquimales, la morsa tiene la misma ó mayor importancia que los perros marinos; tanto que cuando estos indigenas no pueden cazarla, síguese para ellos la muerte, ó por lo menos una gran escasez. Hé aquí por qué el esquimal se sobrepone al temor que le inspira este pinípedo gigantesco, que á sus ojos es lo mismo que el leon para los indigenas del Africa central, ó el tigre para el indio. En efecto, por todos estilos podría justificarse tal temor, pues la caza de la morsa es una empresa arriesgada, siempre peligrosa, aun para el mismo europeo, y mucho mas para un hombre tan mal armado como lo está el esquimal, que necesita por lo mismo un valor á toda prueba. Segun aseguran nuestros navegantes del norte, el cazador se ve obligado á cambiar continuamente de sitio cuando no encuentra los monstruos sobre una capa de hielo completamente segura, porque es preciso engañarlos para evitar sus ataques. Los alemanes que tomaron parte en la expedicion al polo Norte tuvieron á menudo ocasion de reconocer que las morsas irritadas observaban todos los movimientos de sus adversarios. Sabian muy bien calcular la direccion y distancia á que se hallaban sus enemigos, y rompian el hielo precisamente en los mismos puntos abandonados por los cazadores. Al efectuarse el peligroso viaje en trineos á la isla de Clavering, los expedicionarios se atemorizaron por la presencia de varias morsas que á poca distancia de ellos rompian la capa de hielo, habiéndoles obligado con esto á emprender rápidamente la fuga. «Toda tentativa para defenderse hubiera sido una locura: las morsas nos siguieron rápidamente por debajo del hielo y rompiéronle á nuestro lado, sin duda con la intencion de acompañarnos en nuestro viaje. En cuanto á nosotros, corríamos con la mayor rapidez posible sobre el cieno mezclado con hielo, perseguidos por el estrépito que causaban los monstruos. Afortunadamente nos libró al fin una capa de hielo mas grueso, de la impertinencia de nuestros perseguidores.» Las morsas son poco temibles en la orilla ó en un témpano de hielo, porque su torpeza neutraliza los ataques; al acercarse un hombre mugen terriblemente, preparándose para la lucha, y reparten furiosos colmillazos; mas parece comprender que no pueden hacer frente en terreno firme y procuran llegar al agua cuanto antes. En este elemento despliegan toda su agilidad y fuerza, y pueden satisfacer sus deseos belicosos y su furia. «Atendida la ferocidad de la morsa en el agua, dicen nuestros expedicionarios, no puede haber cosa mas inocente é inofensiva que una ma-

nada de estos animales cuando está en la orilla ó en un témpano de hielo, disfrutando del calor del sol; pero desgraciadamente es demasiado exacta la comparacion que se ha hecho entre este animal y un torpedo, el cual no debe tocarse si se quieren evitar incidentes deplorables, que ocurren con harta frecuencia en tales cacerías. Los viejos cazadores de focas, ó los expedicionarios al polo Norte, podrían contar bastante acerca de la irritabilidad y carácter vengativo de las morsas. Estos valerosos é intrépidos pinípedos atacan en muchos casos á los marinos sin provocacion alguna, obligándolos á luchar contra su voluntad. Los expedicionarios alemanes al polo Norte nos hacen una descripción tan viva como detallada sobre el asunto.

«Cuando uno de estos monstruos divisa una lancha, levántase admirado sobre la superficie del agua, produce al punto un grito de alarma que consiste en una especie de ladrido cortado, y dirígese con gran rapidez hácia la embarcacion. Sus gritos llaman á otros compañeros; los que duermen despiertan, aunque el barco evite cuidadosamente tocarlos; y al poco tiempo reúnen una multitud de estos feos colosos que persiguen á la embarcacion profiriendo gritos y demostrando gran furia, bien sea verdadera ó simulada. Puede ser que solo la curiosidad induzca á los animales á proceder así; pero la forma en que expresan este sentimiento seria en tal caso asaz intempestiva y debe creerse que se proponen volcar la lancha para reconocerla de cerca. Es por consiguiente preciso prepararse á la lucha, tanto mas cuanto que pronto se reconoce que los mas vigorosos remeros no podrían escapar. Muy pronto llega la manada de morsas, mugiendo y agitando las olas, hasta pocos pasos de distancia del barco, resuenan los primeros tiros y la fuerza de los monstruos acrece. Entonces comienza la lucha encarnizada; la tripulacion se ve acometida por todas partes; los unos reparten hachazos sobre las aletas anteriores de las terribles esfinges, porque estas amenazan volcar el barco y destruirlo; otros se defienden con lanzas ó descargan golpes con los remos sobre el cráneo de sus enemigos; y varios disparan sus carabinas en el abismo profundo de la boca que continuamente deja escapar mugidos terribles. Los gritos atruenan el aire; la lancha y sus defensores luchan para conservar el equilibrio; las olas se cubren de espuma, revueltas violentamente y se acercan nuevos monstruos; y otros se hunden en la profundidad, heridos de muerte, colorando las aguas con su sangre. Muchas veces solo se puede evitar el peligro de que una morsa vuelque la lancha con la fuerza de sus dientes, hiriendo gravemente al jefe de estos animales, tan intrépidos é infatigables. En estos casos solamente un tiro en la boca produce efecto, pues la cabeza parece invulnerable, á excepcion de las órbitas, y en cuanto á las heridas en el tronco, apenas incomodan al animal. A menudo desisten las morsas súbitamente de la lucha, cuando una ú otra circunstancia las atemoriza; entonces se sumergen, reapareciendo á respetable distancia; vuelven sus feas cabezas hácia atrás y llenan despues de nuevo el aire con sus mugidos de venganza.»

Varios testimonios de otros observadores afirman que esta descripción no es exagerada. «La morsa, dice Scoresby, no es tímida: si se acerca un bote, mírale con curiosidad, pero sin temor. Algunas veces ofrece peligro darle caza en el agua: si se acomete á una de ellas, acuden las otras al momento en su auxilio; rodean la barca, taladran los costados con sus caninos, apóyanse en el borde de aquella y amenazan volcarla. El mejor medio para defenderse se reduce á echarles arena en los ojos, pues de este modo se alejan seguramente, al paso que las armas de fuego suelen ser inútiles en tales casos. Mi padre mató cierto dia de una lanzada una

morsa herida antes de un balazo en la cabeza, y luego vió que el proyectil se habia aplastado al chocar contra los huesos del cráneo.»

El capitán Beezhey refiere que un grupo de morsas perseguido por su gente en el agua, se revolvió bruscamente contra los barcos, y sin hacer aprecio de los hachazos y lanzadas, no dejó de atacarlos hasta que su jefe fué muerto de un tiro en la boca. El aspecto de estos animales marinos debe ser terrible cuando se hallan dominados por la cólera. Su cuello rígido les impide volver la cabeza fácilmente hácia atrás; pero la movilidad de sus ojos compensa de sobra esta falta y los animales los revuelven de tal modo en las órbitas, que su mirada adquiere una expresion verdaderamente terrible. Tambien Brown, cuyas noticias parecen del todo exactas, confirma estos relatos. «Una vez, dice, estuve yo mismo en una lancha desde la cual se lanzaba el arpon contra una morsa que dormia sola sobre un témpano de hielo. Al momento se sumergió; pero acto continuo la vimos reaparecer, y á pesar de nuestra defensa, con lanzas, flechas y carabinas, atravesó furiosamente un lado de la embarcacion con sus colmillos; de manera que fué forzoso cortar la cuerda del arpon; y aun debimos dar las gracias á la Providencia que nos permitió salvarnos en el mismo témpano de hielo abandonado por la morsa pocos momentos antes. Afortunadamente, el animal tuvo la generosidad de no perseguirnos, alejándose gruñendo y arrastró consigo el arpon con la cuerda.» Los expedicionarios alemanes al polo Norte añaden á su descripción algunas noticias mas. Así, por ejemplo, uno de sus barcos escapó á duras penas del peligro de ser destruido por las morsas; otro que habia logrado llegar á la orilla de una isla, huyendo ante una manada de estos animales, fué sitiado allí por ellos, aunque por poco tiempo. «Cuanto mas tiempo se vive entre estos animales, tanto mas se acostumbra uno á no atacarles en su elemento, es decir, en el agua, á no ser que una necesidad absoluta, tal como la falta de víveres ó de aceite, lo exija así.»

Tambien conviene en todos los casos proveerse de bastantes municiones en estos viajes, ó cualquiera expedicion con barcos, para poder defenderse de tales ataques.

Segun la experiencia de nuestros expedicionarios al norte, la caza tiene mejor éxito cuando se sorprende á las morsas durmiendo en los témpanos de hielo. En el último momento antes de llegar á la orilla, se deja de remar; el barco se acerca sin ruido y los cazadores suben al hielo por detrás de los animales. Apenas ve uno de estos al enemigo levanta furiosamente la cabeza, despierta á los demás y toda la manada avanza con los pequeños en medio, hasta el borde del témpano, desde donde se precipita de cabeza al agua. Este es el momento favorable para el cazador que debe tirar rápidamente, haciendo buena punteria. Cuando á una hembra le matan el pequeño, protégele, como ya hemos dicho, con sus aletas anteriores y provoca á sus enemigos á la lucha, con los ojos chispeantes de cólera. Pero solo las madres hacen frente con sus pequeños; los demás abandonan á sus compañeros sin pensar en ayudarlos.

Los esquimales y otros indigenas del norte que conocen el uso de las armas de fuego, cazan la morsa del mismo modo que los europeos, pero no sucede así en los pueblos que conservan aun las costumbres de sus padres. Segun refiere Kane, en el agua y sobre el hielo atacan los esquimales á la morsa; en el primer caso se acercan á ella tanto como pueden mientras se sumerge, ocúltanse cuando nada, y esperan el momento propicio para lanzarle el arpon al reaparecer de nuevo en la superficie. Los heridos se sumergen al punto; el cazador clava rápidamente en el hielo un palo con punta de hierro, y ata en él la cuerda del arpon. La morsa

se revuelve furiosamente hasta que se cansa, y entonces acuden los cazadores y la matan á lanzadas. Estos hombres valerosos, segun Godman, procuran acercarse á hurtadillas á una manada de morsas cuando duermen sobre una superficie de hielo; de antemano han buscado un témpano para amarrar su barca, y despues procuran llegar hasta cerca de los animales. Conseguido esto, cada hombre elige una presa, y todos los arpones se arrojan á un tiempo. Las morsas heridas se precipitan en seguida al agua é intentan escapar; pero las cuerdas de los arpones las sujetan y fatigan, tanto mas pronto cuanto mas les cuesta arrastrar el pedazo de hielo en que las cuerdas han sido fijadas. Los cazadores es-

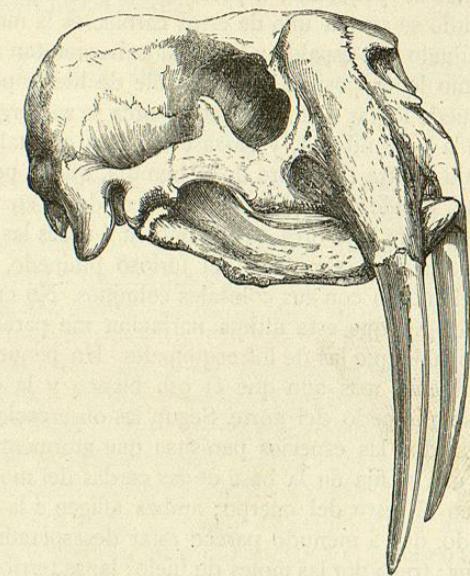


Fig. 309.—CRÁNEO DE MORSA

peran en sus barcos hasta que los animales se hallan rendidos de cansancio, y entonces los matan á lanzadas. Los indigenas de las islas Aleutianas van todos los años á la costa septentrional de la península de Alaska; allí buscan las morsas, tratando ante todo de separarlas del agua, y despues se precipitan bruscamente contra los animales profiriendo ruidosos gritos y amenazándolos con sus lanzas y pesadas hachas: por este medio esperan espantarlos tanto que emprendan la fuga hácia el interior de la península. En tal caso, el resultado de la cacería es favorable; pero cuando una de las morsas consigue romper la línea de los cazadores, todo el trabajo ha sido inútil, porque las demás siguen á la primera, buscando su salvacion en el agua.

A pesar de que hace ya 1,000 años que los europeos dan caza á las morsas, siendo los noruegos los primeros, solo hace 20 ó 30 que se nota una disminucion de estos animales. Mientras la pesca de la ballena daba buenos resultados, no se pensaba en perseguir á las morsas sino cuando no quedaba esperanza de apoderarse de uno de aquellos colosos. En los últimos tiempos la cosa ha cambiado de aspecto, pues los productos de la caza no guardan ninguna proporcion con los peligros á que se exponen los cazadores.

La morsa tiene tambien otros enemigos además del hombre. Los esquimales, así como los pescadores de ballenas, pretenden que estos pinípedos deben sostener encarnizadas luchas con el oso blanco, el cual no solo amenaza á los pequeños, sino tambien á los adultos algunas veces. Los esquimales refieren toda clase de historias de estas peleas en que tan pronto la morsa como el oso blanco alcanzan la victoria. Así, por ejemplo, aseguran que las cicatrices y las heridas de la piel de las morsas son producidas por las garras del oso; pero que estos pinípedos matan tambien á su enemigo